
ANTONIO CABRERA

En la estación perpetua

Madrid, Visor, 2000, 78 p.

Por este libro de poemas, Antonio Cabrera ha recibido el Premio Internacional de Poesía “Fundación Loewe” en su XII edición. El jurado estaba formado por Carlos Bousoño, Francisco Brines, Luis Antonio de Villena, Antonio Colinas, Gonzalo Rojas, Jaime Siles y José María Álvarez. *En la estación perpetua* es el primero de sus libros publicados, tal y como reza la contraportada del libro. Cabrera ha publicado dos cuadernos (*Autorretrato*, 1987, y *Ante el invierno*, 1996), junto con una selección de poemas con el título de *La mano que escribe* (Málaga, 1998), pero no es un joven poeta ni un escritor tardío ahora descubierto.

En un futuro próximo, la fijación del canon de la poesía española contemporánea no dejará de producir sorpresas. De momento, las sorpresas –agradables– nos las ofrecen algunos premios literarios cuando descubren a poetas nuevos, originales y con talento, extrañamente alejados de la “corte” editorial. La Comunidad Valenciana viene siendo uno de los centros privilegiados de aparición de nuevos proyectos editoriales (privados y públicos) acompañados de una producción literaria de entidad. Y la aparición de este libro de poemas de Antonio Cabrera es todo un síntoma del funcionamiento y de la distribución del poder “lírico”, en un sistema literario en el que conviven varias generaciones de poetas, y en el que el sector dominante viene determinado muchas veces por factores ajenos a la calidad literaria de los textos.

En la estación perpetua es un libro de poemas en el pleno sentido del término. La estructuración del poemario se organiza en cuatro bloques no titulados, pero cuyos poemas constituyen bloques temáticos bien diferenciados. El bloque I supone la parte central del libro, con aquellos poemas que le confieren el aire espiritual y la sustancia lírica fundamentales. El bloque II se orienta hacia el mundo de las lecturas y las referencias literarias: W. Stevens, Salvatore Quasimodo, Schiller, Joan Vinyoli, y nuestro

querido César Simón, a quien le dedica “*in memoriam*” el poema “Con César Simón”, desde “la honda soledad que absuelve al mundo”, y que constituye un precioso ejemplo de teoría poética compartida.

El poemario se abre con una citación emblemática en torno a uno de los temas centrales de la poesía del siglo XX, la relación entre pensamiento y realidad. Y no es casual que este poeta filósofo que demuestra ser Antonio Cabrera nos abra la puerta de su casa con una cita de un filósofo poeta: “El gran misterio es la conciencia y el mundo en ella” (Miguel de Unamuno). Ese es el hilo conductor de buena parte de los poemas del libro. Y no parece casual la elección de Unamuno como cita de autoridad que abre y orienta el libro. Un hombre del que Ernst Robert Curtius ha dicho con respecto a su destierro durante la Dictadura de Primo de Rivera: “El poeta en el destierro, he ahí, para nuestra sensibilidad, una de las situaciones típicas del estilo latino de la historia. Elegíaca en Ovidio, heroica en Dante, teatral en Víctor Hugo, la situación se ha reactualizado ahora en Miguel de Unamuno”. Y, en efecto, esa experiencia de extranjería es la clave de la poesía moderna, con la que Antonio Cabrera conecta de lleno a través de un discurso lírico de honda raigambre filosófica.

Los dos poemas iniciales (“El obstáculo” y “Poesía y verdad”) nos centran en los contenidos esenciales del libro. Ahí ya aparecen el sentimiento del tiempo y la contemplación de la realidad como puntos de partida para la reflexión que articula el desarrollo del poema:

En la naturaleza no hay nada melancólico,
aseguraba Coleridge.

He salido a mirar

entre las nubes mansas
una luz semejante a la luz triste
que escriben los poetas. (“Poesía y verdad”)

Aquí el sujeto poético traza un movimiento de apertura hacia la afirmación de Coleridge, cuya argumentación es el eje estructural del poema, y que concluye desde la perplejidad del ser humano ante la realidad. Y Antonio Cabrera repite de nuevo con el poeta y filósofo. Como sabemos, la preocupación principal de Coleridge era conseguir una reconciliación entre filosofía y Naturaleza. Como en algunos ejemplos de *The Ruined Cottage*, de Wordsworth, el poeta se configura como un ‘elegido’ que va buscando y hallando en las formas su “secreta y misteriosa alma”. También encontramos rasgos de una representación romántica de la historia o del imaginario cultural a través del viaje educativo circular, que ilustra la búsqueda por el hombre de la unidad entre su espíritu y la naturaleza, y que culmina con el descubrimiento de que la meta es el punto de partida:

Ningún cruce me espera. Lo sé bien.
Adonde me dirijo, inevitablemente,
es donde estoy. Inmóvil, ya me acerco. (“Elegía desde la carretera”)

Desde esa luminosa y humilde conciencia de la alteridad, las relaciones entre el Yo y su intimidad, y la realidad exterior del mundo, no dejan de plantearse de un modo problemático:

Lo íntimo es el mundo. Con su callado oxígeno
sofoca sin remedio la voz que quiere hablar,
la disuelve, la absorbe. (“La intimidad”)

Encontramos también en el libro una concepción plástica del lenguaje poético, que se concreta en una particular geografía de la luz, con una honda dimensión simbólica, desde la “luz unánime” del primer verso del poemario hasta la revelación final:

Me he despertado en una estancia oscura
y he sabido de pronto que un lazo me sujeta
a la presencia estática del mundo.

De esa armonía hablo.

El mundo me contiene. Le doy gracias al trueno. (“Un trueno”)

Esa luz se contiene en la “transparencia” de “Marzo”, o en el poema titulado “Episodio en la niebla”, donde el sujeto poético nos da la clave de la labor poética:

Yo era el buscador de torpes símbolos
en un mundo borrado (...)
Lo habré imaginado, pero allí,
perdido, quieto, indiferente a todo,
pude oír una voz, su voz, como un susurro
que decía: “*La niebla que te envuelve,
necio amante de símbolos sencillos,
significa: pobre de ti si olvidas
tu invisible y perpetua soledad.*”

A lo largo del libro, el autor nos muestra, con un ‘lenguaje de poema’ aparentemente sencillo, pero de una indudable profundidad, una realidad revelada a través del lenguaje. Ese concierto entre los elementos de la realidad que nos rodean y nuestra propia alma es la música que el poeta canta:

Otra vez
mi alma y el eje del planeta, concertados,
no pueden evitar el repetirse. ("Anuncio")

En Wordsworth la imaginación adquiriría un papel redentor, y como la poesía de Keats, estos versos de Antonio Cabrera nos devuelven a la mejor tradición de la poesía occidental que bebe en la poesía romántica, no sólo a través de las referencias de autoridad, sino también a través de la aparición de su simbología característica, como el "águila" en "Episodio en la niebla", o el "mirlo" en "El secreto del mirlo".

Se trata, pues, de un poemario escrito desde un serio y coherente compromiso ético con la realidad. Hay una profunda reflexión sobre la condición temporal del ser humano en un mundo que nos pasa frecuentemente inadvertido, debido a nuestra falta de disposición para una percepción profunda. La llamada de Antonio Cabrera tiene lugar a través de la poesía, como un modo privilegiado e intenso para el descubrimiento de esa realidad cotidiana oculta (véase el poema final "Lugar de ruiseñores"). Los poemas están escritos con palabras, y aquí las palabras son el medio que desvela el tejido mágico de la realidad ("Perdón"). Si el sino del hombre moderno es estar fragmentado y separado, obsesionado desde ese exilio metafísico por el presentimiento de una condición perdida de integridad y de comunidad, tal y como nos enseñaba M. H. Abrams, Antonio Cabrera nos marca el camino de la gran poesía, de la poesía que es canto, que sabe que la luz astral y las manzanas seguirán siendo luces astrales y manzanas, como nos recordaba Wallace Stevens, pero que después de haber leído estos poemas, el mundo ya no seguirá siendo el mismo. Porque, como partícipes de la Modernidad, todos caminamos en este largo viaje de regreso a casa. Ese es el viaje que nos propone Antonio Cabrera en su "estación perpetua". He aquí un excelente libro de un gran poeta.

JUAN M^a CALLES

